

Isabel, hija de Moctezuma: gozne entre dos culturas.

Lilia Granillo Vázquez
UAM-Azcapotzalco

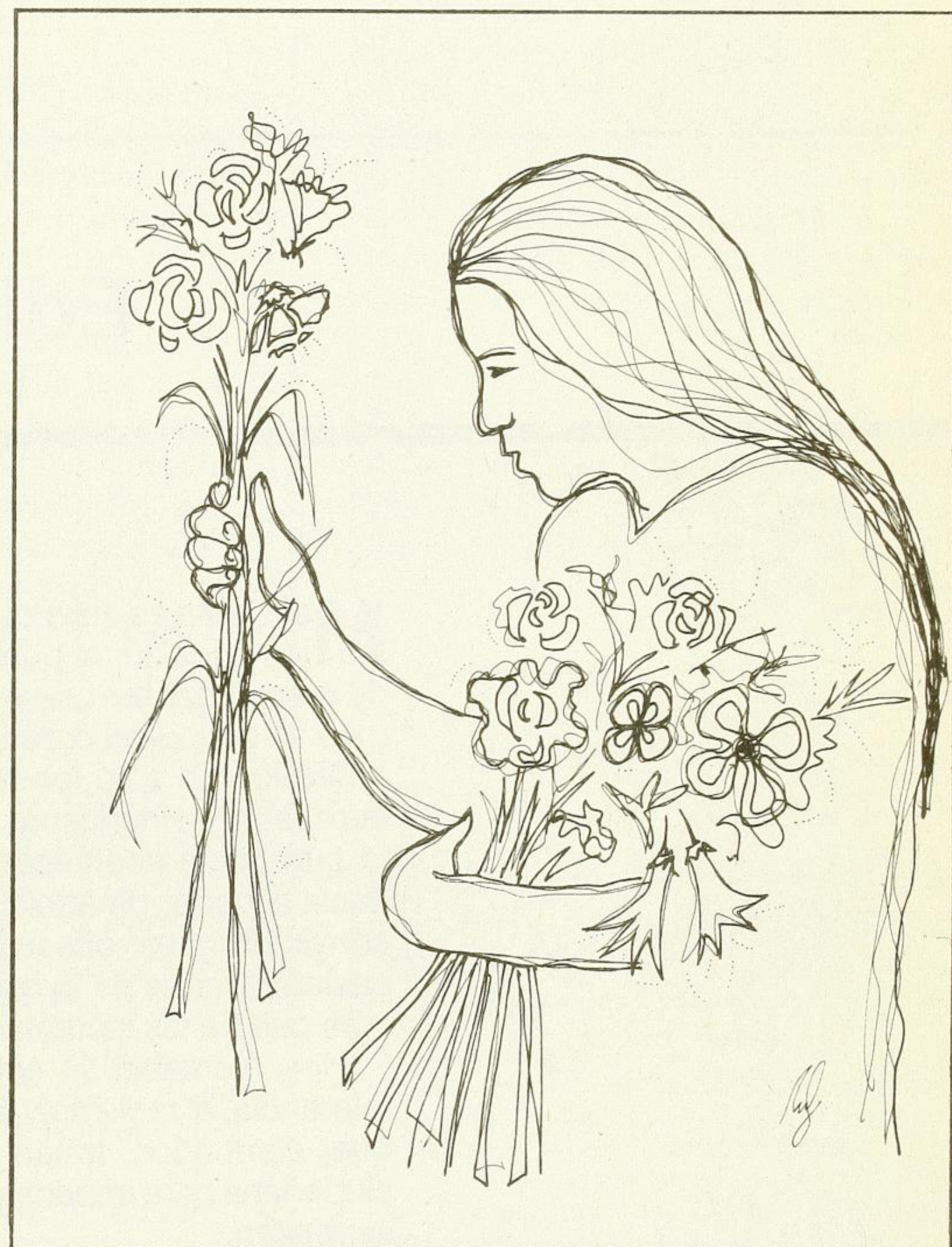
El llamado Descubrimiento de América representó una nueva etapa en la Historia de la Humanidad. (Aunque trascendente, no interesa aquí la discusión en torno al nombre de la llegada de Colón a la isla caribeña, el 12 de octubre de 1492). Con justa razón algunos pensadores han considerado que después de la aparición del género humano y del nacimiento de Cristo, no había ocurrido suceso de igual relevancia en el universo. No creo que se deba festejar el acontecimiento; es indudable que tiñó de sangre al continente americano. Sin embargo, soy optimista y creo que, sin fiestas ni expos-Sevillas, se debe conmemorar, para recordar, la fecha que marcó la globalización de la forma de vida más asombrosa sobre el Planeta. Me refiero a la existencia de los hombres y de las mujeres.

En efecto, el 12 de octubre debe significar la evocación del vínculo entre dos mundos, que desde entonces se convirtieron en uno solo; que es en el que vivimos las mujeres que hoy estamos reunidas aquí para hablar de nuestros asuntos.* Digo, con imprudencia asumida, que esta reunión feminista forma parte de un acontecimiento tan trascendente como la aparición del hombre sobre la Tierra, como el cristianismo y el descubrimiento de América. Me refiero a la extinción del mundo androcéntrico, el fin de la definición masculina del planeta. O, para hablar en términos positivos, a la existencia autónoma de la mujer. Acontecimiento insospechado por la historia masculina.

La Buena Nueva del año 2000

En esta década, víspera del tercer milenio, cabe revertir la cuarta humillación que el hombre ha sufrido en los tiempos modernos. Me refiero al tipo de humillaciones consignadas por Freud, el machista. (Recuerdo, de paso, las tres primeras: la de Galileo, quien demostró que la Tierra, territorio del hombre, no es el centro del universo; la de Darwin, quien demostró que el hombre no era producto divino, sino de la evolución, y la de Freud mismo, quien declaró que el hombre "... no era tan libre como pensaba, pues estaba a expensas de su inconsciente" (Victoria Sau, "Androcentrismo" en *Un diccionario ideológico feminista*, Icaria, Barcelona, 1981)). Decía Victoria Sau que "Los nuevos tiempos pueden producirle al hombre la cuarta humillación...: saber que no sólo nace de mujer sino que procede de mujer en el sentido filogenético de la palabra" (*Loc. Cit.*).

Si las mujeres continuamos demostrando al género humano nuestra preeminencia, revertiremos esa humillación. El movimiento de las mujeres se convertirá en un acontecimiento tan trascendental como el Descubrimiento de hace



500 años. Acaso el tercer milenio que se aproxima estará marcado social e históricamente por la liberación de la mujer. La liberación femenina será la Buena Nueva del año 2000. La existencia autónoma de las mujeres, sin el referente masculino, pronto se dará --ya casi se da, aunque no fácilmente-- en todos los ámbitos vitales. Los beneficios que ello acarreará a la especie humana pueden ser innumerables. En todo caso, buena parte de la mitad de la humanidad ya estamos disfrutando esos beneficios. Nuestra presencia hoy en este foro es evidencia de esos bienes.

La búsqueda de una existencia autónoma de las mujeres está acompañada de la construcción de una identidad. Y buena parte de la identidad está conformada por la visión del pasado. En estas circunstancias, me parece conveniente recordar hoy, aquí, a una mujer, una antepasada nuestra, que de forma inadvertida integra nuestra identidad. Esta mujer pertenece a la memoria femenina, casi olvidada de la identidad mexicana, en particular, de la latinoamericana y del sujeto femenino en general.

Cada generación tiene derecho a construir su historia. Como miembro de una generación revolucionaria del desar-

* Este trabajo es parte de la ponencia presentada en el II Encuentro Feminista de la UAM, en Xochimilco, en julio de 1992.

rollo de la humanidad, asumo mi derecho a recordar a Isabel Moctezuma Tecuichpo Ixcaxochitzin, y a sus cinco maridos. Solamente me permito una advertencia más. En esta ocasión recordar a Isabel, hija de Moctezuma, a partir de la historia oficial, y de una que otra averiguación extraoficial que he podido hacer. Nos aguarda la tarea de escribir nuestra propia historia, pero mientras concluimos esa misión, hay que utilizar, con crítica femenina, las fuentes masculinas que son las únicas que hasta ahora tenemos a mano.

Poco tiempo después del Descubrimiento, los reyes católicos vieron la conveniencia de reglamentar la manera en que la cultura y los modos de vida españoles habrían de extenderse en América. Tenían noticias de que los nativos regalaban mujeres a los recién llegados en prueba de la alianza, y de que estos las recibían gustosos como homenaje. La sed de oro y carne de los conquistadores propiciaba la poligamia. Peor aún, también se daban casos de poliandria. Esto era inaceptable para la moral cristiana. Las amerindias, acostumbradas a que los hombres tuvieran tantas mujeres como pudieran mantener, ajenas culturalmente al concepto cristiano del pecado, practicaban la sexualidad con mayor libertad que las españolas. Liberalidad que los conquistadores disfrutaban.

Para poner un término al deterioro de las costumbres, quedaron autorizados los matrimonios eclesiásticos de españoles con indias por Cédula Real de Fernando el Católico, fechada en Salamanca, el 15 de noviembre de 1505. La Cédula iba dirigida al Comendador Ovando, de la incipiente colonización en La Española. Dicha cédula habría de formalizar los enlaces multiétnicos entre Europa y América; enlaces que, formales o no, habrían de ser la base del mestizaje, fenómeno sociocultural que dio origen a las actuales sociedades del mundo hispanoamericano.

De la política de mestizaje iniciada así, da buena cuenta el caso de una azteca, mujer de noble alcurnia, cuyos vínculos conyugales son un reflejo de las vicisitudes que se vivieron en aquellos momentos de fusión de culturas y de individuos. Las relaciones maritales que tuvo y el producto de ellas tienen como telón de fondo el marco de la Conquista y del enfrentamiento entre dos grandes culturas, la mexica y la española. La historia de esta Tecuichpo nos permite vislumbrar una fuente de nuestra actual sociedad. A las mujeres, nos permite evocar el papel que les tocó a nuestras congéneres en el enfrentamiento.

Isabel Moctezuma Tecuichpo Ixcaxochitzin, "Flor de algodón", nació aproximadamente en el año de 1509. Hija de Moctezuma II y de una Señora de Teotlalco, recibió el patronímico de "Tecuichpo" que correspondía a los hijos de los reyes y fue educada con el esmero y los cuidados que se prodigaba a las nobles aztecas en el Calmca.

Prisionero de los españoles, Moctezuma encomendó a Cortés a sus hijos e hijas, los pequeños pipiltin. Es bien sabido que los aztecas trataban a sus hijos e hijas con mucho afecto durante la infancia. Aseguran las crónicas que el Emperador sentía especial predilección por la pequeña cihualpilli; así que, derrotado, Moctezuma encargó a Cortés que velase personalmente por esta hija suya que le era tan querida.

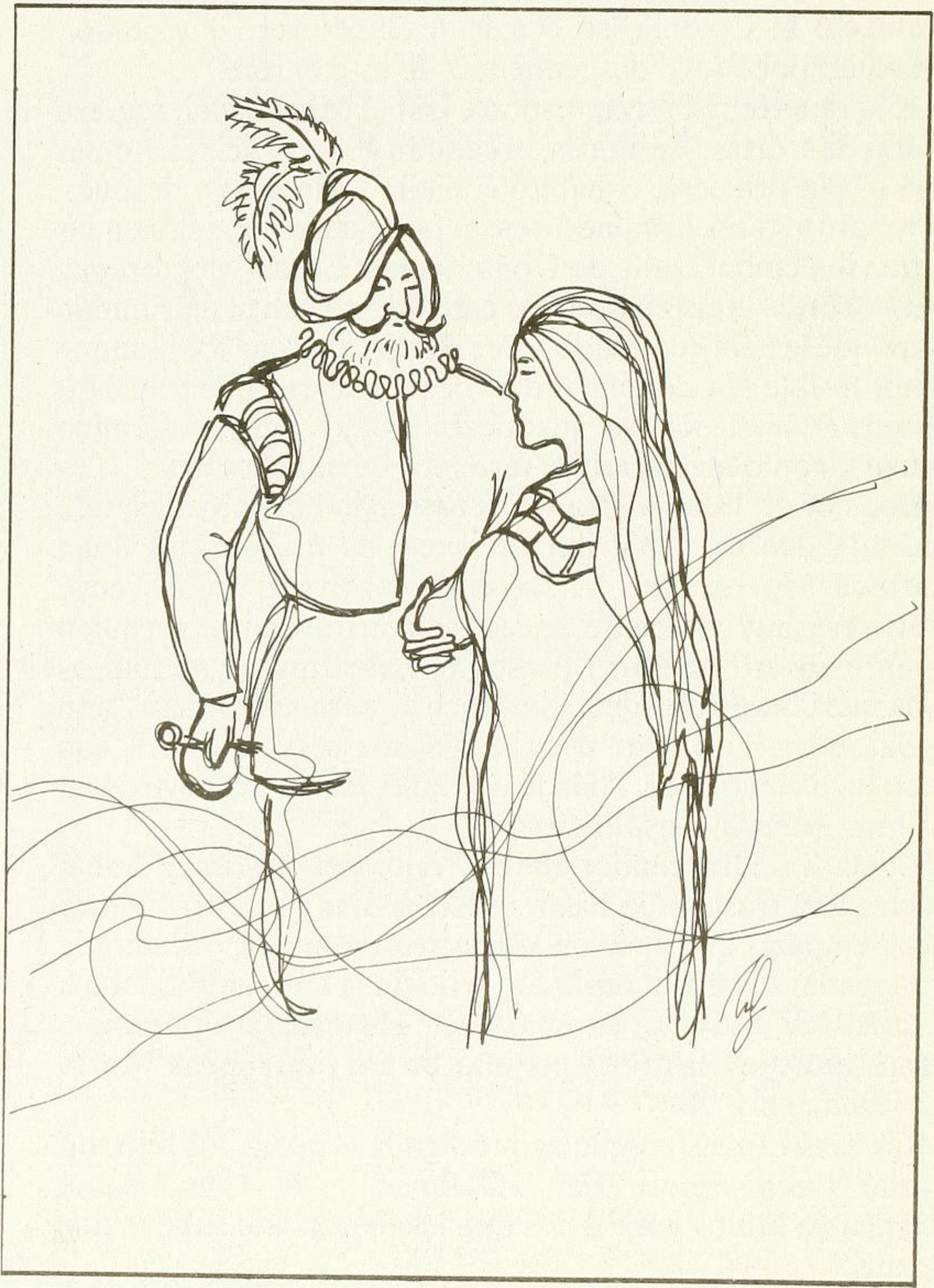
Ya antes, Moctezuma había dado a Cortés, en prueba de buena voluntad a otra de sus hijas, a la princesa que sería bautizada como Ana y con la cual habría de cohabitar el

Capitán General. Moctezuma no vivió para saber que Doña Ana moriría en el frenesí de la retirada de la Noche Triste, con el fruto de Cortés en sus entrañas.

Durante esa huida, la pequeña Tecuichpo se vio separada del contingente español y fue recobrada con júbilo por los mexicanos. Devuelta entre su gente, se concertó su matrimonio con el joven Cuitláhuac, su primer esposo, pero la unión no pudo consumarse por la corta edad de los contrayentes. No obstante, las bodas imperiales y la alcurnia de Tecuichpo aligeraron un poco la pesadumbre del fin del Imperio.

A la muerte de Cuitláhuac, la joven fue destinada a casarse por segunda vez, por su linaje, de nuevo con quien acaudillaba a los mexicas, con Cuauhtémoc. Pero igualmente la juventud de ambos impidió la consumación del enlace. Tras la rendición de Cuauhtémoc y cuando México-Tenochtitlán estaba ya en poder de los españoles, Tecuichpo Ixcaxochitzin regresó al lado de su protector español. Hay dudas respecto a si Tecuichpo acompañó o no a su malhadado consorte en la expedición que culminaría en magnicidio. La destrucción del gran Imperio Mexica era inminente y una hija de Moctezuma constituía prenda valiosísima, por mujer, por su maternidad en potencia y por noble.

El mismo Cortés apadrinó su bautizo y la nombró Isabel, en honor de la reina española que hizo posible el Descubrimiento. También se encargó de destinarla a un esposo hispano, aunque es dudoso que estuviera a la altura de la





princesa azteca. Isabel se casó entonces con Alonso de Grado, que era uno de los tantos conquistadores, que cuando se estableció la Colonia, se convirtió en tesorero y visitador. Isabel tampoco tuvo descendencia de este enlace.

A la muerte del tercer esposo, Isabel Moctezuma regresó al lado de Cortés. Entonces, el capitán general decidió tomar para sí a la princesa, cohabitó con ella un tiempo y después, sin reparo alguno, la mandó a casar por cuarta vez, a sabiendas de que iba embarazada de Doña Leonor Cortés Moctezuma. Acaso Cortés creía cumplir así cabalmente con el moribundo padre que le había confiado a Tecuichpo. Esta acción, aunque comprensible por aquella sed de oro y de carne que traían los conquistadores, no es justificable bajo ningún término humano, como no sea en los términos del machismo.

Encinta de Leonor, Isabel se casó con Pedro Gallego de Andrada. De este matrimonio nació su primer hijo, Juan Andrada Moctezuma. Viuda por cuarta vez, Isabel, cuyo vientre era muy codiciado, se casó con otro aventurero a quien la real consorte confirió prestigio y alcurnia. Las crónicas hispanas refieren el orgullo del macho que muestra Juan Cano de Saavedra, al hablar desu nobilísima señora Isabel, con quien tuvo cinco hijos. Al lado de Cano, Isabel se convirtió en una gran Señora al estilo español.

Además de trascender en los 7 hijos del mestizaje, Isabel Moctezuma trascendió hasta nuestros días y nuestra cultura por el empeño que puso en la construcción del Convento de los Agustinos (cuyo templo fue sede de la antigua Biblioteca Nacional de México, en el Centro Histórico). Contribuyó generosamente a la obra y por ello, en ese sitio reposa. Murió en México, en 1550.

Por esas ironías en que es pródiga la historia, los hijos de la que fuera esposa de Cuitláhuac y de Cuauhtémoc reclamaron títulos nobiliarios que les fueron concedidos por España.

El linaje de Moctezuma II -cuya prosapia fue reconocida por la Corona Española- aún continúa existiendo, en quienes se hacen llamar pomposamente "Condes de Moctezuma". Los descendientes actuales viven en la Península Ibérica.

Otros descendientes de Isabel Moctezuma optaron por vivir en México. Hasta la fecha, la línea familiar de Tecuichpo influye directamente en nuestra sociedad. Dos colegas nuestros, maestros en la UAM-Azcapotzalco, me aseguran que pueden probar sus ascendientes hasta Tecuichpo o Isabel.

Sin embargo, el valor significativo de Isabel Moctezuma no estriba en su descendencia. Ahora ya no aceptamos que el valor de una mujer se de en términos de su maternidad. Isabel Moctezuma vale para nosotros por lo que, paradójicamente, no sabemos de ella. ¿Qué dijo o qué pensó esta mujer que fue botín de los invasores, víctima de los vaivenes de su propia cultura? Hace falta imaginar lo doloroso de convertirse en el débil gozne de una cultura opresora que franquea el paso a otra cultura doblemente opresora. La individualidad de Isabel, el ser humano, desapareció para con-

vertirse doblemente en un objeto en el universo de la Conquista: por mujer y por princesa; prisionera de dos culturas.

Ella constituye además, una clara imagen del destino de las mujeres mesoamericanas. Así lo señala un cantar triste de los cuicapacque, poetas aztecas cuya literatura es testimonio del dolor de la Conquista.

Los versos dedicados al destino de Isabel Moctezuma encierran una sentencia de la cual apenas ahora nos hemos liberado algunas americanas. Con tono profético, dicen así:

"¿Quién eres tú que te sientas junto al Capitán General?"

-Ah, es doña Isabel, mi sobrinita.

-Ah, es verdad, prisioneros son los reyes...

Por cierto, serás esclava de otro, serás persona de otro..."

Y en efecto, Isabel se convirtió en esclava de otro. La esclavitud virtual de las mujeres en la sociedad azteca, patriarcal, como casi todas las sociedades que nos han precedido, procuró que Isabel cambiara de amo, cambiara de dueño, más no de sujeción. Por muchos siglos, las mujeres de América fueron "esclavas de otro, personas de otro".

Las mujeres fueron esclavizadas por cuestión de género, no sólo de raza. No sólo fueron esclavas ellas, también lo fueron sus hijas. El fin de la doble esclavitud, la del racismo y la del sexismo ha llegado en los albores del tercer milenio, con la toma de conciencia de la mujer latinoamericana. El movimiento de liberación femenina continuará derribando pacíficamente --con el pacifismo de las mujeres-- las estructuras que encadenaban a la mitad de la humanidad. Por ello hemos de recordar el destino de Isabel, hija de Moctezuma. He aquí algo que proclamar en un encuentro de mujeres universitarias. He aquí algo que inscribir en la memoria femenina, algo que las mujeres nunca debemos olvidar, ni permitir que suceda otra vez... 